

**TOMÁS REBORD**

**COMENTARIOS AL**

**NÁUCRATÓ**



Tomás Rebord

# Comentarios al Náucrato

 Planeta

1

YHWH

1

“Y así me fue revelada la verdad”, enfatizó el más gordo de los panelistas, sosteniendo en alto lo que difícilmente hubiera podido ser algo más que un puñado de servilletas con rastros de grasa y algún que otro garabato, si el gesto no hubiera estado precedido por su encendida alocución sobre el Náucrato.

Al panel lo completaban otros dos expositores que equilibraban el cuadro: a la izquierda, uno de apariencia intelectual tenía unos lentes gruesos y el pelo pegado al cráneo, mientras que su silueta apenas se adivinaba dentro de un buzo de polar andrajoso; a la derecha, un hombre sombrío de bigote renacentista, como sacado de otro tiempo. Los ojos se le escondían debajo de cejas tan pobladas que parecían dos gatas peludas plateadas. En cualquier otro contexto, habría dicho que su gestualidad tensa y su mirada fija en un punto detrás del público eran indicadores de vergüenza, pero semejantes conjeturas no eran posibles en ese lugar, no ahí, no entre los Buscadores de la Verdad, no entre los seguidores del Náucrato.

Sucede que medir algo tan común como la vergüenza en un miembro de los Buscadores podía ser una tarea tan

crítica como interpretar los motivos de incomodidad de un autista o la intención detrás de las puteadas de una persona con síndrome de Tourette.

No, no había manera de saber si el expositor del extremo derecho del panel estaba nervioso o si su rigidez inmovible era una cualidad estética que aportaba mística a su personaje. Como no había manera de descifrar el significado de la presencia misma del resto de los asistentes. Un crisol de potenciales neurodivergencias completaba el público convocado desde aquel centro cultural de Villa Crespo. De un rápido vistazo, la variedad de sillas del salón estaba ocupada por personas cuyo denominador común podía englobarse en una sola palabra: raras.

Algunos reían frenéticamente en festejo cómplice del menor indicio de humor por parte de algún miembro del panel. Una chica en la frontera de su propia feminidad (una de las tres o, como mucho, cuatro mujeres presentes), sentada en la primera fila, anotaba sin parar al ritmo de la exposición. Un hombre en el rincón derecho del salón sollozaba en silencio. ¿Lloraba? ¿Por qué?

El resto, entre treinta y cuarenta asistentes, parecía distribuirse en perfecto equilibrio entre todas las tribus urbanas que existieron y existirán. Había metaleros de aire provocador sentados al lado de una posible corporización de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Noté también (gracias a una serie de pines e indumentaria afín) a una delegación de un autopercebido peronismo ortodoxo junto a dos adolescentes de, como mucho, dieciséis años con remeras amarillas estampadas con su serpiente.

Era llamativo cómo cada asistente parecía querer enfatizar su extracción ideológica (o acaso cultural), como si

cada uno supusiera un cupo identitario, una representación física de una tendencia con cuya presencia robustecía la innegable pluralidad de ese ámbito misterioso en el que convivían en respetuosa atención a las palabras de los panelistas.

La actividad había sido convocada desde la cuenta de Twitter Buscadores de la Verdad - CABA y tenía por título “Testigos del Náucrato”. Para ese entonces yo me encontraba trabajando como cronista de un medio digital de nula relevancia cuya principal finalidad era servir de pantalla para bajar pauta de algunos municipios afines a un director editorial con quien jamás había hablado y, sospecho, no podía importarle menos quién era yo o qué escribía.

Pagaban mal, pero pagaban, y ya hacía tiempo había aceptado que ese sueño adolescente de vivir de la escritura tenía menos que ver con realizar una anhelada obra maestra que con escribir sobre lo que fuera en donde se pudiera.

Escribía para nadie, con la certeza de no ser leído. Escribía resignado y al poco tiempo de haber conseguido algunas columnas estables en distintos medios empecé a preguntarme si finalmente había logrado mi sueño de trabajar de lo que amaba o simplemente había convertido lo que amaba en un trabajo.

Teóricamente mi función para el portal era periodística: tenía la obligación de escribir sobre noticias de “interés general”. En el mejor de los casos, aventurar alguna posición (con cautela, dado que el único problema podía ser contrariar los cambiantes intereses de quienes financiaban aquella web casi sin visitas) y limitarme a copiar y

pegar lo que la ingeniería de los medios ya consolidados designase como relevante.

Quizás haya sido aburrimiento, intrepidez, curiosidad o una mezcla de las tres, pero cuando vi la publicación de los Buscadores de la Verdad sentí activarse una célula de aquello que me había llevado hacia el oficio: la intuición o la esperanza de que pudiera haber algo ahí.

Después de todo, era difícil haber nacido en los noventa en Capital Federal y no haber escuchado jamás sobre el Náucrato o sus seguidores, la comunidad, si es que ese era un término idóneo para nombrarlos. Tenía ya una larga historia; su apogeo debía haber sido en mi infancia, o apenas antes, en las épocas en las que el Cabrakan era invitado habitual a la televisión y realizaba actos públicos.

Mi memoria infantil designa un recorte misterioso de ese tiempo sumido en los colores y la espectacularidad noventista. El Cabrakan como figura de culto, popular pero esquiva, insoportablemente presente en la conversación pública, pero concretamente en ningún lado. Evocarlo tenía el efecto de develar las secretas complicidades generacionales, esas referencias epocales tan específicas que tienen el efecto de hermanar a desconocidos generando frases como “claro que me acuerdo”, “epa, se te cayó el DNI” o un “¿seguirá vivo?”, que permiten extender la agonía de una conversación casual mucho más de lo conveniente.

Para mi generación, el Cabrakan era la silueta de un hombre que había existido y había tenido gran importancia, incluso si no estaba del todo claro en qué consistía esa importancia. Una impresión más que un recuerdo, un

busto más de una larga hilera con un semblante que todos conocen pero del cual no podrían citar una sola frase.

Cuando vi aquella publicación, por casualidad o designios algorítmicos, mi reflejo inmediato fue dudar de si aquello que recordaba seguía existiendo. Desconocía qué había sido de esa persona que convocaba multitudes en plazas y seducía a mi vieja en los albores de la caduca televisión de aire. Decidí entonces que escribir en un portal que nadie parecía leer bien podía ser una oportunidad para investigar sobre lo que se me cantara y decidí asistir a la actividad con una mezcla de curiosidad antropológica y cinismo.

El elemento central de la narrativa de los Buscadores era el Náucrato, un libro tan sagrado como incorroborable, oriundo del Río de la Plata, de ascendencia argentina, presuntamente disputado por los uruguayos.

En los términos de su propio rito, el Náucrato era la “obra definitiva”, “el principio y el final”. El concepto era tan abarcativo que podía significar simultáneamente tanto el conjunto de sueños y anhelos de alguien como el muy concreto Libro Sagrado, centro de la mitología de los Buscadores.

En mi precaria investigación inicial, pude detectar que la incertidumbre estaba sembrada desde el origen. No había claridad sobre si el Cabrakan había sido autor del Náucrato o si era una suerte de Último Guardián, en tanto el Náucrato era, teóricamente, una pieza literario-profética tan poderosa que no podía ser copiada, reproducida o divulgada más allá de un único y legendario ejemplar.

Otros insistían en que el Náucrato era una metáfora del potencial del espíritu humano. Para estos, creer que realmente existía un libro físico era producto de la estupidez de algunos miembros novatos de la comunidad, ya consolidada, postura lógicamente señalada como herética por quienes sostenían que el Náucrato era tan real como cualquiera de ellos.

De ahí derivaba la fortaleza del panel que exponía orgullosamente su encuentro con lo Sagrado detrás de un improvisado banquito de madera cubierto por un mantel de plástico. Esos tres expositores eran Testigos que habían entrado en contacto, de una u otra manera, con las Sagradas Escrituras del Río de la Plata y logrado retener, memorizar (¿inventar?) lo que fuera que hubiesen visto para divulgación del credo, incluso si ellos mismos en muchos casos no lograban desentrañar su significado.

Existía en este gesto una forma patética de heroísmo; me recordaban a los monjes copistas medievales que, siendo muchas veces ellos mismos analfabetos, dedicaban sus vidas a copiar manuscritos para que otras personas, letradas, pudieran acceder a ese conocimiento que ellos tenían vedado.

Mientras yo pensaba todo esto el panelista del medio había dejado de agitar sus servilletas manuscritas (donde supuestamente había retenido y volcado las palabras que alcanzó a ver en su encuentro con el Náucrato) y el expositor de bigote se encontraba argumentando que, en realidad, la imposibilidad de reproducir el Libro de los Libros no se debía a una insostenible carga energética de Verdades encerradas entre sus tapas sino a un hecho fatalmente físico. El hombre que, como se encar-

gó de aclarar, era ingeniero, atestiguaba que cuando el Cabrakan le permitió ver el Náucrato —en una gira por La Matanza— le resultó evidente la extrema fragilidad de sus hojas e incalculable su antigüedad, incluso los signos y símbolos que conformaban su letra eran indescifrables, siendo el Cabrakan el único capaz de traducirlo.

Esto lo volvía materialmente irreproducible ya que no toleraría fotocopias o transcripciones: cualquier iniciativa de este estilo atentaría contra la integridad del objeto. Esto suponía una controversia teológica en los términos del propio culto: significaba que el Cabrakan no podía haber sido autor de tan antiguo artefacto, lo cual visiblemente había inquietado a algunos de los asistentes que se movían en sus asientos y susurraban reproches airados a sus acompañantes.

Eso sí, todos coincidían en que el Náucrato era innegablemente real y, por uno u otro motivo, no podía ser reproducido, factor conveniente para la fortaleza mitológica del credo.

A pesar del ejercicio consciente de todo mi cinismo para escrutar lo que sólo me parecía que podía ser un sofisticado club de lectura para fronterizos y marginales, he de confesar que al entrar en contacto con el pleno *lore* de la comunidad me sorprendí. La densidad y devoción con las que los Buscadores se expresaban sobre el Cabrakan y El Libro eran mucho más interesantes que mi recuerdo, más cercano a algún tipo de farándula caduca. En ningún lugar de mi memoria había registrado lo que circundaba al Cabrakan como un universo con mitología propia o capaz de congregarse a este rejunto de desconocidos unos treinta años después a narrar sus presuntos contactos con

un escrito incorroborable sin más contexto o excusa que su propio interés.

Tampoco había demasiadas fuentes para una investigación, al menos no en un sentido estrictamente periodístico. De aquellas viejas entrevistas dadas por él pude encontrar apenas recortes o compilados en YouTube; el resto fueron conjeturas de entradas en foros abandonados de mediados de 2000 y alguna que otra discusión twittera. Y, sin embargo, ahí estaban, resistiendo al tiempo o el interés general, personas completamente reales que insistían en reunirse a compartir rumores, de espaldas a una realidad que se devoraba a sí misma entre la recurrencia de las crisis económicas y la apatía propia de quienes ya no esperan nada del mundo.

Quizás la misma impresión había conmovido a quien coordinaba la grilla de actividades de este centro cultural para permitirles a los Buscadores usar uno de sus salones para su convocatoria: la vaga esperanza de que la propuesta y su público cautivo le aportase algo de vitalidad a lo que apenas lograba existir como centro de día para jubilados con escaso acceso a financiamiento y aún menos poder de seducción.

Funcionaba en una casa antigua, cedida o alquilada. Sus grandes salones, sumados a la ausencia de servicios básicos, debían convertirla en un lugar no apto para vivienda, dejando la estructura por fuera del frenesí negocial de los alquileres urbanos y sus aplicaciones, a merced de un mercado de compra tan inaccesible como deprimido.

Al ingresar, pude ver a los verdaderos anfitriones en el hall, los inquilinos y gestores de aquel centro cultural,

quienes miraban igual de extrañados que yo al resto de los asistentes con esa complicidad intuitiva que establecemos de inmediato quienes nos consideramos (recíprocamente) “normales”. Vi en ellos la energía de la juventud pero más específicamente la de quien se reúne con otros en derredor de un objetivo. Constituían, esas tres o cuatro personas, un lugar en medio del derrumbe, un pequeño vector de resistencia en defensa de una manera gregaria de vivir a pesar de una realidad que permitía la resolución digital a distancia de casi todo. En definitiva, lo único que en esos tiempos podía parecerse a lo que antes se hubiera llamado “militancia”.

—Gracias, Elmiro —dijo el conferencista de lentes gruesos y fino pelo adherido al cráneo.

Su voz no encajaba con su imagen. A juzgar por su figura menuda y su mirada nerviosa, uno podría haberle adjudicado un celibato involuntario, pero había algo en su forma de hablar y en sus movimientos que rápidamente lo posicionó a mis ojos como el más resuelto de los tres conferencistas. Elmiro, el ingeniero, volvió a su tenso e incómodo silencio. El expositor grueso, cuyo nombre no llegué a escuchar, contrastaba alegre con el semblante de los otros dos. Él y su constante toqueteo de las (ahora sagradas, por añadidura) servilletas eran quizás la única expresión de ansioso entusiasmo en el panel.

El público aplaudió con energía el final de la exposición de Elmiro y me sumé, entre extrañado y sorprendido por la candidez de su reacción. Era como si los socialmente excluidos de todos los demás ámbitos hubieran encontrado en los Buscadores de la Verdad un lugar de

pertenencia y realización que los alojaba: todos sin excepción se veían felices, interesados, atentos.

—El Gordo ha sido un privilegiado —continuó el de anteojos con afecto y cercanía, mientras le ponía una mano en el hombro a su compañero de panel—. Ha logrado retener el pasaje del Náucrato que le fue permitido leer y copiarlo. Al terminar la ronda de preguntas vamos a dejar que examinen sus papeles y les saquen fotos, si quieren, dado que el conocimiento que nos fue brindado JAMÁS será exclusivo —al llegar a la palabra “jamás” gritó de la forma más salida de registro que yo hubiera podido imaginar, lo cual suscitó nuevos aplausos espontáneos que me sorprendieron aun más, como si hubiera estado perdido participando de una coreografía cuyas señales desconocía.

—Yo no tuve tanta suerte —siguió el conferencista que ahora hacía uso de la palabra—. Conocí al Cabrakan en una de sus giras por Capital, no las primeras por supuesto, las llamadas “fundacionales”, sino cuando ya se había mudado o “retirado al monte” como decía él, aunque técnicamente fue mucho antes de su retiro “real” —de nuevo risas que ratificaban una complicidad secreta y compartida—. Fueron, paradójicamente, sus años de mayor éxito. Yo era joven en esa época y recuerdo que era realmente difícil caminar a su lado por la calle. Fueron los tiempos de las giras y las grandes exposiciones. Como muchos de ustedes saben, tuve el honor de acompañar al Cabrakan en casi todas esas presentaciones; lo llevaba en lo que en su momento era el auto de mi madre; no puedo decir que fui su amigo, pero creo

haberlo conocido bastante, al menos durante un tiempo de su vida.

Pude percibir cómo este relato era seguido con más atención por el público, en parte porque amagaba con ser más personal que las anteriores disquisiciones, más técnicas o dogmáticas, aunque muy probablemente fuera por algo más elemental: la jerarquía. Sin duda, este expositor era la figura central del panel: cerraba la charla, y su historia de cercanía con el Cabrakan lo validaba frente a los congregados. Ostentaba una autoridad por derrame o proximidad.

—Fue en uno de estos viajes, justamente, cuando al ir a buscarlo a la quinta adonde se había mudado solo en Don Torcuato que me invitó a pasar a lo que era su casa. Todavía recuerdo su presentación: “Cinco son los continentes, cinco propuso el Pentateuco, pero acá a nadie le importa nada, Nuevo Testamento, Antiguo, el Corán, el I Ching, el de la India... y ¿qué más? Les falta el quinto de los Libros Sagrados, el nuestro” —los asistentes estallaron en un festejo frente a la imitación que el panelista hacía del Cabrakan. Al parecer, el carisma del Líder compensaba cierta ignorancia o la manifiesta arbitrariedad de reducir a cinco las “fuentes sagradas”, omitiendo prácticamente la totalidad de la tradición oriental, la América precolombina y el conjunto de antiguas civilizaciones mesopotámicas—. Y entonces me lo mostró. Un libro grueso, de tapas duras, que alterna los colores rojo y negro. En el frente tiene un gran dibujo circular, una especie de brújula o reloj laberíntico cuyos extremos se conectan mediante caminos internos que encuentran su destino en otro punto de la circunferencia.

Sus hojas son doradas y en el canto al mirarlo al bies se forman figuras. El Cabrakan lo abrió y leyó un pasaje al azar que me conmueve todavía al día de hoy, pero jamás he logrado escribirlo sin sentirme herético o que cometo una falta de respeto. Sólo me atrevo a evocarlo e intentar explicar lo que entendí de aquellas palabras entre Buscadores, como hago cada vez que me invitan a hacerlo...

—Esta es mi parte favorita —escuché decir detrás de mí.

—Habló de Dios y lo definió de una forma que me resultó nueva: Dios es una condición de posibilidad. Dijo que, al contrario de como se entiende el mundo racional, donde sólo existe lo corroborado, todo lo que existe hoy en realidad debió primero no existir, para así poder ser descubierto... Es decir, la Tierra fue plana hasta que no lo fue; las estrellas fueron deidades hasta que no lo fueron; la Luna, inalcanzable hasta que no lo fue... Todo lo que hoy es arrancó siendo imposible, inimaginable, irrealizable, hasta que alguien dijo: “Esto que es, puede ser de otra manera”. ¡Y pudo! Y eso es Dios: algo que *puede* ocurrir. En tanto condición, Dios acecha en cada circunstancia, en cada “ojalá”, en cada rezo. No existe otra interacción con Dios que no sea para pedirle algo y pedir es esencialmente el inicio de una mutación en las cosas. Que algo que no es sea o que algo que es deje de serlo. Dios habita esa frontera donde es pudiendo ser.

Miré a mi alrededor para ver exactamente qué me estaba perdiendo: igual tomé nota de alguna de las frases, todo me parecía incomprendible. El resto de los asistentes parecía absorto, miraba fijo al expositor cual animal encandilado a punto de ser atropellado en la ruta.

—Toda forma de existencia es una conjetura porque jamás nadie residió en otro, entonces nadie, por definición, puede saber fehacientemente cómo existe otra persona —siguió el expositor—. Yo, hablándoles hoy y ahora, no tengo idea de si ustedes existen como yo existo, si sienten como yo siento, si degustan, piensan o perciben como yo lo hago. Esa es la última y más infranqueable de las soledades: la generada por la imposibilidad de corroborar. Por ende, si toda existencia es, en última instancia, una conjetura y si nadie sabe a ciencia cierta si el otro existe, lo único que existe es la posibilidad de que exista: Dios.

El público prorrumpió en un aplauso espontáneo mientras yo transcribía esta última frase. El panelista, en cambio, miró la mesa y se desinfló, volviendo a su posición de reposo natural en la cual lo había visto por primera vez y que no permitía sospechar a un orador convocante. Parecía exhausto, vacío, como si algo hubiese hablado a través de él por un rato y esa misma cosa ahora lo hubiera abandonado.

El panelista central, exultante, retomó la palabra, no sin antes pedir un enérgico aplauso para Pedro.

—Ahora vamos a estar contestando preguntas —continuó, y noté que entre ellos se alternaban cómodamente el rol de anfitrión o moderador del panel y público, como antes lo había hecho Pedro con quien ahora hablaba—. Les recordamos a los Buscadores presentes que no lo hacemos desde un lugar de autoridad. Como indica nuestro credo, sólo hemos sido privilegiados al entrar en contacto con alguna de las dimensiones del Náucrato y tratamos de recordarlo y transmitirlo lo mejor posible. No somos

ni más ni menos que eso: testigos y creyentes, como ustedes. Sabemos bien que nuestro libro no compite en la misma categoría que los sagrados que ya son clásicos. No por falta de calidad, sino por mera falta de tiempo: en dos mil años, nuestro Náucrato no tendrá nada que envidiarle al Nuevo Testamento.

Mientras aplaudían la aclaración, no pude contener un comentario con sorna: “Salvo su relevancia”, apelando a la complicidad de quienes me rodeaban. Busqué sin éxito entre mis vecinos circunstanciales alguien que me festejara el cinismo.

Me puse a aplaudir en forma tibia, desde la vergonzosa soledad que se atraviesa cuando se hace un chiste no correspondido.

—¿Te divierte ser así? —me increpó una voz a mis espaldas mientras el panel comenzaba con las preguntas del público.

Me di vuelta y descubrí a un anciano; ojos claros que se asomaban entre pliegues de párpado caído, ojera, ceja y carne, como si mirara paciente y desde el fondo de sí mismo esperando mi respuesta. El resto de la cara era un conjunto de pliegues; de tan arrugado parecía surcado, como si un rastrillo le hubiera arado las mejillas donde se había regado una barba más bien dispersa. Por algún motivo, no esperaba ver a un tipo grande en ese lugar. Era el único asistente de esa edad, o que al menos la aparentaba. Su postura, tranquila pero firme, acompañaba con brazos y piernas cruzadas mi desconcierto mientras le miraba por un instante fugaz la camisa a cuadrillé al cuerpo e impecable y unos pantalones con botamanga

color caqui. Me pareció que estaba casi disfrazado de viejo, el arquetipo de un adulto mayor.

—¿Cómo? —retruqué, aunque había escuchado perfectamente mientras lo miraba. Estaba sentado justo atrás mío.

—Si te divierte ser así —reiteró.

Aunque su pregunta era dura no había hostilidad en su tono o en su expresión. Si algo en él podía leerse, era más parecido a la condescendencia.

—Está bien igual, ¿eh? —siguió, prescindiendo de mi respuesta—. Todos tenemos que divertirnos de alguna manera, aunque sospecho que ni siquiera te divierte —sentenció antes de levantarse, saludar con parsimonia llevándose dos dedos a la frente y alejarse con paso cansino.

La extraña interacción y el clima de respeto religioso que me rodeaba en la sala me terminaron por descolocar y yo también salí mientras las preguntas del público continuaban. Lo busqué en el hall de entrada para disculparme pero no lo encontré.

El regreso a mi casa estuvo signado por una sensación de vergüenza e incomodidad inexplicable. No sabía exactamente qué había pasado ni qué había visto.

Esa misma noche escribí una nota para el portal al calor de las impresiones de esa tarde. El cinismo desde donde pretendí narrar a los Buscadores se iba desarmando frente a la inocultable necesidad de admitir que me intrigaban. Jamás se me habría cruzado por la cabeza que iba a terminar dedicando un libro entero a mis propios comentarios al Náucrato.